

Constitución Apostólica: “Vultum Dei Quaerere”

Formación

El tema de mi conferencia es: **“La Metamorfosis del Gusano de Seda en una Mariposa: Un Modelo Teresiano de Formación”**.

Como veis, mi tema está basado en la metamorfosis del gusano de seda y la mariposa en las Quintas Moradas del Castillo Interior de Santa Teresa. Mi punto de partida es el tema de formación presentado en la sección 5 de la Constitución Apostólica: Vultum Dei Quaerere, que es la parte más larga que aborda los elementos esenciales de la vida contemplativa. Sin embargo, la formación inicial no es el principal punto de mi reflexión, (hemos tenido discusiones interminables sobre formación inicial), sino más bien la relación intrínseca entre la formación inicial y permanente, que se ha vuelto central en los escritos y reflexiones contemporáneos sobre el tema de formación.

Una de las quejas que he escuchado desde la publicación de Vultum Dei Quaerere es que carece de un espíritu Carmelita, es decir, temas como el espíritu eremítico no aparecen. Debemos recordar que VDTQ es un documento genérico que presenta los elementos esenciales de la vida contemplativa para todas las Órdenes de mujeres de vida contemplativa. Por lo tanto, para complementar la perspectiva Carmelita ausente, incluiré en mi presentación un tema Carmelita Teresiano/Sanjuanista. También me referiré a vuestra *Ratio Institutionis* para la formación de Monjas en el Carmelo Teresiano publicadas en 2003, un documento que creo que tiene mucho que aportar a mi tema.

Formación: Un Proceso de Vida de Integración y Transformación.

En la Constitución Apostólica, el Papa Francisco comienza afirmando el propósito fundamental de la formación citando Vita Consecrata, Capítulo 65; una de vuestra Ratio también empieza con el mismo texto:

“El principal objetivo del proceso de formación es preparar a quienes aspiran a la total consagración de ellos mismos a Dios en el seguimiento de Cristo, al servicio de la misión de la Iglesia. Decir “sí” a la llamada del Señor tomando una responsabilidad personal para madurar en la propia vocación es el deber ineludible de todos los que han sido llamados. Toda la vida de uno debe estar abierta a la acción del Espíritu Santo, viajando por el camino de la formación con generosidad, y aceptando con fe los medios de gracia ofrecidos por el Señor y la Iglesia. Por lo tanto, la formación debería tener un efecto profundo sobre los individuos para que cada una de sus actitudes y acciones, tanto en los momentos importantes como en los sucesos ordinarios de la vida, muestren que pertenecen completa y alegremente a Dios. Ya que el mismo propósito de la vida consagrada es la conformidad al Señor Jesús en su total donación, éste debe ser también el principal objetivo de la formación. La formación es un camino de identificación gradual con la actitud de Cristo hacia el Padre.

Precisamente porque apunta a la transformación de la persona en su totalidad, está claro que el compromiso de la formación nunca termina. En efecto, en cada etapa de la vida, a las personas consagradas se les deben ofrecer oportunidades para crecer en su compromiso con el carisma y misión de su Institución. Para que la formación sea completa, debe incluir todos los aspectos de la vida cristiana. Por lo tanto, debe proporcionar una preparación humana, cultural, espiritual y pastoral que preste especial atención a la integración armoniosa de sus varios aspectos. (VC, 65)

Una de las características más ricas de Vita Consecrata es su perspectiva Trinitaria de la vida consagrada. Ofrece un icono bíblico de formación: Cristo se ofrece a sí mismo por amor al Padre a sus hermanos y hermanas en el evento de auto-vaciamiento (kénosis) de su pasión.

El propósito de la formación es ayudar a aquellos que se forman a entrar en un proceso de formación y libertad, por la cual se identifiquen progresivamente con la actitud del don de Cristo al Padre. (Fil. 2:5)

A través de la acción del Espíritu Santo, el Padre nos forma a imagen de Cristo. Somos transformados gradualmente para representar la vida que Cristo vivió, no sólo en su vida apostólica, sino también para asimilar sus mismas actitudes hacia el Padre: su amor apasionado por el Padre, su pobreza, castidad, obediencia, humildad, su entrega amorosa a la voluntad del Padre aún ante la muerte, su amor por los pobres y marginados, su compasión y misericordia por los enfermos y pecadores. La verdadera formación no es una serie de disposiciones externas, sino una cualidad del corazón que implica un cambio en nuestra forma de pensar y amar (metanoia en el sentido evangélico de un cambio de mente y corazón). Nos lleva a un proceso progresivo de transformación de nuestros deseos (vida emocional) y de nuestra forma de relacionarnos con Dios, con los demás y con el mundo. Creo que Santa Isabel de la Trinidad ha expresado el objetivo de la formación de una forma hermosa en su oración a la Trinidad: “Oh Fuego Consumidor, Espíritu de Amor, “ven sobre mí” y haz de mi alma otra encarnación de la Palabra para que yo pueda ser otra humanidad en la que Él renueve su misterio”. La formación va a permitir al Espíritu Santo, el principal agente de formación, transformarnos en otra humanidad de Cristo (irradiar a Cristo) para renovar la misión redentora de Cristo de compasión y amor en el mundo.

Además, vuestra Ratio 26, al igual que VC, nos recuerda que la formación (ambas inicial y permanente) se refiere a la integración de la persona en su totalidad, que tiene lugar a través de varias etapas de maduración personal y libera a uno para ofrecer toda su vida a Dios. Santa Teresa manifiesta el objetivo de toda formación en Camino de Perfección, que es su Ratio de formación: “*Porque todo acerca de lo que os he aconsejado en este libro está dirigido hacia la completa donación de nosotros mismos al Creador, la entrega de nuestras voluntades a la Suya y el desapego de las criaturas*”. (C. 32, 9)

Vita Consecrata enfatiza que el proceso de formación nunca termina. “El proceso de formación no se limita a la fase inicial. Debido a las limitaciones humanas, la persona consagrada nunca puede pretender haber traído completamente a la vida a la “nueva criatura” que, en cada circunstancia de la vida, refleja la mente misma de Cristo. La formación inicial, entonces, debería estar estrechamente conectada con la formación continua, creando así una disposición de parte de todos a dejarse formar cada día de sus vidas¹.

La formación continua, por lo tanto, no es algo que sólo siga a la formación inicial: el postulante, noviciado, profesión temporal y profesión solemne. Más bien, la formación continua entendida como conversión y transformación en curso de toda la persona es el objetivo de la vida religiosa: asimilar las actitudes de Cristo Jesús (su forma de ser, amar y relacionarse), y la ofrenda de sí mismo al Padre por el bien de la humanidad.

El documento del 2002 *Caminar desde Cristo: Un Compromiso Renovado a la Vida Consagrada en el Tercer Milenio* subraya la relación intrínseca entre la formación inicial y continua: (nº 15). Los tiempos en los que estamos viviendo llaman a un replanteamiento general de la formación de los hombres y las mujeres consagradas, que ya no está limitado a un periodo de tiempo. No sólo para que puedan ser más capaces de insertarse en una realidad que cambia con un ritmo frenético con frecuencia, sino también, y lo más importante, porque la misma vida consagrada, por su naturaleza, llama a una constante sinceridad a aquellos que son llamados a la misma. En realidad, si la vida consagrada es en sí misma “una toma progresiva de la actitud de Cristo”, parece evidente que semejante camino debe perdurar toda la vida e implicar a toda la persona, corazón, mente y fuerza (cf. Mt 22:37) remodelando a la

¹ VC,69.

persona en la semejanza del Hijo que se entrega a sí mismo al Padre por el bien de la humanidad. Así entendido, la formación ya no es sólo un periodo de enseñanza en la preparación para los votos, sino que también representa una forma teológica de pensar de la vida consagrada, que es en sí misma una “formación sin fin” participando en la obra del Padre que, a través del Espíritu, modela en el corazón las actitudes interiores del Hijo”.

Este texto hace una aclaración interesante: más que simplemente pedagógica, la formación es teológica. Es una forma teológica de pensar y vivir, una experiencia Trinitaria.

El capítulo 3 de vuestra Ratio, titulado “*La formación un proceso de vida*”, hace referencia al mismo documento:

“La formación religiosa está al servicio de la persona y de la gracia de su vocación, a lo largo de toda la vida. Esta formación respeta y estimula el progreso y los ritmos de crecimiento de la persona y la ayuda a superar aquello que le pudiera impedir el ‘correr hacia la meta,’ y ‘llegar a la edad adulta, a la plenitud de Cristo’. (Flp. 3:12-16; Ef. 4, 13). Aunque la formación presupone, en especial al principio, una parte de la enseñanza doctrinal y espiritual, consiste ante todo en hacer que la persona entre en la experiencia viva del Carmelo. El Señor procedía ya de este modo con sus discípulos, cuando los invitaba a ver y a experimentar lo que Él mismo vivía”. (nº 23)

Un modelo Teresiano de formación

La formación inicial y continua como un proceso de vida largo de transformación en Cristo tiene profundas resonancias en nuestra tradición Carmelita. La transformación está en el corazón de nuestro carisma. Nuestros santos Carmelitas son testigos del poder del amor transformador de Dios en acción en nuestras mentes y en nuestros corazones, disipando la oscuridad interior que nos impide abrazar la luz del amor incondicional de Dios, liberándonos del comportamiento adictivo, purificándonos del egoísmo, despertándonos a la increíble belleza de la creación de Dios, abriendo nuestros ojos a la dignidad de cada persona, y aumentando nuestra capacidad de amar como Dios ama.

Hablar de la transformación en Cristo nos lleva a una reflexión sobre el propósito de nuestra creación y de nuestra vocación divina de unión con Dios a través del amor. Cada ser humano anhela a Dios, seamos o no conscientes de ello. La fuente de nuestro deseo de Dios viene de Dios. Hemos sido creados del amor y para amar, creados para una íntima relación de amor con Dios, con los demás y con la creación. Citando a San Juan de la Cruz, “*Lo que pretende Dios es hacernos dioses por participación, siéndolo Él por naturaleza; como el fuego convierte todas las cosas en fuego*”. (Dichos106) Esta es una afirmación poderosa. En otras palabras, hemos sido creados para compartir la vida divina (divinización) y así irradiar la vida, el amor y la belleza de Dios en este mundo. De nuevo, desde el Cántico Espiritual de San Juan de la Cruz, llevamos dentro de nosotros un “cierto esbozo de amor”, la imagen de Cristo el Amado y nunca conoceremos la plena salud de la satisfacción del corazón hasta que este esbozo esté completo². (Cant.11.11). Nuestra vocación es, por lo tanto, crecer en la imagen y semejanza de Cristo el Amado. Extrayendo del lenguaje y de los símbolos de nuestra tradición Carmelita,

² Debería saberse que el amor nunca alcanza la perfección hasta que los amantes son tan parecidos que uno se transfigura en el otro. Y entonces el amor está en plena salud. El alma experimenta dentro de sí misma un cierto esbozo de amor, que es la enfermedad que ella menciona, y ella desea la finalización del esbozo de esta imagen, la imagen de su Novio, la Palabra, el Hijo de Dios, que, como dice San Pablo, es el esplendor de su gloria y la imagen de su sustancia (Heb. 1:3); porque esta es la imagen referida en este versículo y en la cual el alma desea ser transformada por amor. Como resultado ella dice: Porque la enfermedad del amor no se cura sino por tu propia presencia e imagen. (SC. 11.12)

podemos decir que el propósito de nuestra vida religiosa, y en consecuencia el propósito de la formación inicial y continua (de toda la vida cristiana), es el proceso de toda la vida de completar el esbozo del Amado que llevamos dentro de nosotros por nuestra misma Creación y por el Sacramento del Bautismo. Nuestra vocación como cristianos y Carmelitas es hacer espacio para Dios, para que el Espíritu Santo pueda transformarnos en la imagen y semejanza de Cristo y así participar en la vida divina e irradiar el amor redentor de Dios en este mundo.

Otra dimensión de nuestra vocación a la unión con Dios es que nosotros ya estamos en unión con Dios por nuestra misma creación. Dios mora en las profundidades de nuestro ser. Como San Pablo nos dice, “*En Él vivimos, nos movemos y existimos*”. (Hch.) La experiencia mística fundamental de Santa Teresa es la profunda conciencia de la presencia de la Trinidad en las profundidades de su corazón que la curó y la transformó en una persona nueva. Su experiencia de la presencia permanente de Dios se convierte en el centro de su vida y doctrina, explicada profundamente en todas sus obras, especialmente en *Castillo Interior*.

Si Dios no fuera el fundamento de nuestro ser, nos caeríamos de la existencia. Todavía no somos siempre conscientes de esta unión esencial (la presencia de Dios por la creación), ni experimentamos siempre su poder transformador. Sólo la gracia de Dios puede “despertar”, en nosotros la conciencia de la presencia divina de Dios, una experiencia que transformará nuestros corazones y mentes. (SC.11.3). Esta es la experiencia mística. La experiencia mística no es sobre fenómenos místicos (visiones, locuciones, éxtasis), más bien la experiencia mística es un encuentro personal con Dios a través de la fe. Los místicos nos dicen que la vida mística se basa en el misterio de origen de la presencia de Dios dentro del corazón de cada persona y en la realidad. Este Misterio no es un concepto de objeto inerte, sino una Presencia viva que se ofrece y se da a sí misma en relación amorosa. Los místicos se han puesto en contacto con esta Presencia entrando en una relación personal con la Presencia Viva. La fe es la respuesta a esta Presencia. San Juan de la Cruz nos dice en el Cántico Espiritual, “la fe da y comunica a Dios mismo”. (Cant.12.4). En este sentido, la experiencia mística tiene lugar a través de la fe. El Papa Emérito Benedicto XVI y el Papa Francisco nos recuerdan en *Deus Caritas Est* y *Lumen Fidei* que la fe no es una idea sublime, o dogma, sino que “nace de un encuentro con el Dios vivo que nos llama y nos revela su amor.” (Lumen Fidei, 4) Este encuentro en la fe nos transforma; por lo tanto, la experiencia mística es un encuentro personal y transformador con el misterio divino.

Por lo tanto, otra forma de articular una concepción carmelita de la formación inicial y continua (de nuestra vocación de religiosas y de nuestro viaje de transformación) es una relación personal cada vez más profunda con Dios a través de la fe que nos despierta (nos da gracias) a su amor y a su presencia transformadora en nuestros corazones y en toda la creación, una experiencia que nos transformará y cambiará nuestra forma de conocer, amar y ser en este mundo. Este despertar a la presencia de Dios es expresado de una forma bella y profunda en Llama de Amor Viva:

*¡Cuán manso y amoroso
recuerdas en mi seno,
donde secretamente moras;
Y en tu aspirar sabroso,
de bien y gloria lleno
cuán delicadamente me enamoras!*

Sin embargo, reflexionar sobre el significado de la transformación es pisar tierra sagrada. La transformación es un misterio. En Llama de Amor Viva, San Juan nos dice que “*la transformación del alma en Dios es indecible*”. (Ll 3:8) Es por esto por lo que nuestros santos recurren a la poesía y a las metáforas para hablar del misterioso proceso de cambio que tiene lugar en nuestras vidas bajo la influencia de la gracia de Dios. El fuego que penetra en un

tronco de madera y transforma gradualmente el tronco en fuego, es una de las muchas metáforas que San Juan de la Cruz utiliza para describir el proceso de la unión más profunda con Dios a través del amor. (Noche Oscura y Llama de Amor Viva).

El gusano de seda y la mariposa: Un Modelo Teresiano de Formación

En *Castillo Interior*, Teresa explica el camino de la unión más profunda con Cristo como un proceso de morir y nacer, análogo a un gusano de seda que sufre una misteriosa metamorfosis en un capullo y sale como una mariposa (5M). Creo que este símbolo de las V Moradas nos ofrece un modelo evocador (metáfora) para la formación inicial y continua.

Los estudiosos no están seguros de dónde Teresa aprendió sobre el gusano de seda, quizás en Andalucía, porque ella escribió las páginas de las V Moradas poco después de su regreso de allí. Como recordarán, las V Moradas son las moradas de la oración mística de unión. Por lo tanto, el tema de la unión con Dios es central en su reflexión.

En el capítulo 2 de las V Moradas, Teresa describe el viaje cristiano simbolizado como un proceso de metamorfosis, la transformación de un gusano de seda en una mariposa. Teresa discierne tres etapas en este proceso.

La primera etapa son los pequeños gusanos de seda, que nacidos del tamaño de granos de pimienta, empiezan a alimentarse. Cuando el clima se calienta, los pequeños gusanos de seda se alimentan de hojas de morera. Encerrado en el capullo el gusano muere, y finalmente una pequeña mariposa blanca sale del capullo. (5M. 2, 2)

Teresa elabora y explica su metamorfosis. El gusano de seda representa a cada uno de nosotros cuando empezamos nuestro camino espiritual. Empezamos a vivir por el calor del Espíritu Santo (la inspiración del Espíritu Santo). Hacemos uso de la ayuda que nos da Dios y la Iglesia: Los Sacramentos (confesión y dirección espiritual que nos ayudan a crecer en el autoconocimiento), una buena lectura (Sagrada Escritura, lectio divina, teología y libros espirituales), escuchar sermones (la liturgia, escuchar la palabra de Dios); todo esto significa iluminarnos, alimentar nuestra mente y corazón y ayudarnos a crecer en la vida del Espíritu.

Esta es una buena explicación no sólo de la formación inicial, sino también de la dimensión de formación pedagógica e intelectual que necesitamos en cada etapa de formación, dependiendo de nuestras necesidades, intereses y de nuestra etapa de vida. Estoy impresionado por vuestras Ratio y las secciones sobre la instrucción recomendadas para las varias etapas de formación, empezando por el postulante y continuando por la formación después de la profesión solemne. La Ratio señala la importancia del estudio de la Sagrada Escritura, el arte de la lectio divina, la formación en la oración contemplativa, una lectura progresiva de los escritos de nuestros santos, la teología y otros autores espirituales.

Los apéndices proponen programas para el estudio del postulante a la profesión solemne, una tabla de programa que se extiende a lo largo de cuatro años. Por supuesto, como en todas las Ratios, (incluidos los frailes), es imposible estudiar todo lo que la Ratio recomienda, pero los apéndices ofrecen dirección y por lo tanto con la creatividad, los intereses y las necesidades particulares de las hermanas, ustedes pueden preparar un programa sólido para todas las etapas de formación.

La segunda etapa: con este alimento, el gusano de seda se vuelve gordo y feo, y se asienta en algunas ramitas, y empieza a girar la seda y a hacer pequeños capullos en los cuales se encierran. Ella escribe:

*“Pues crecido este gusano -al principio traté de su crecimiento- empieza a labrar la seda y a edificar la casa adonde ha de morir. Esta casa querría dar a entender aquí, que es Cristo. En alguna parte me parece he leído u oído que **nuestra vida está escondida en Cristo, o en Dios** que todo es uno, o que **nuestra vida es Cristo**... Pues ¡ea, hijas mías! prisa a hacer esta labor y tejer este capuchillo, quitando nuestro amor propio y nuestra voluntad, el estar asidas a ninguna cosa de la tierra, poniendo obras de penitencia, oración, mortificación, obediencia, y todo lo demás que sabéis; que ¡así obrásemos como sabemos y somos enseñadas de lo que hemos de hacer! ¡Muera, muera este gusano, como lo hace en acabando de hacer para lo que fue criado”. (5M. 2: 4,6)*

¿Cómo tejemos el capullo? Teresa dice que tejemos el capullo *“quitando nuestro amor propio y nuestra propia voluntad, nuestros apegos a cualquier cosa de la tierra, y realizando acciones de penitencia, oración, mortificación, obediencia y todas las demás cosas que sabéis”*. Podríamos decir que éste es el trabajo principal de las primeras cuatro moradas del Castillo Interior, aunque éste es trabajo de toda una vida, porque siempre nos tendremos que esforzar por deshacernos del amor propio. Hacemos nuestra parte para disponernos a nuestra deseada unión con Dios y una transformación más profunda. Creo que Teresa nos diría que la manera principal de tejer el capullo es luchando para vivir las virtudes fundamentales de amor al prójimo, desapego y humildad verdadera que ella enseña en Camino de Perfección. El Camino de Perfección es la Ratio de Teresa, su manual de formación. Al escribir Camino de Perfección para la comunidad joven de San José, Teresa estaba más interesada en formar mujeres de oración que en enseñarles un método de oración. Ella estaba preocupada por su “ser”, la calidad de sus vidas y relaciones diarias y por vivir el Evangelio lo más perfectamente posible.

Teresa sabía por experiencia personal que ser *“una sierva del amor”*, (V.11.1) una persona de oración necesita una formación en estas tres virtudes fundamentales.

“Antes que diga de lo interior, que es la oración, diré algunas cosas que son necesarias tener las que pretenden llevar camino de oración, y tan necesarias que, sin ser muy contemplativas, podrán estar muy adelante en el servicio al Señor. Y es imposible, si no las tienen, ser muy contemplativas; y cuando pensaren lo son, están muy engañadas. (C. 4.3)

Es importante que entendamos cuánto nos ayuda la práctica de estas tres cosas para poseer interior y exteriormente la paz que nuestro Señor nos recomendó tanto. La primera de estas cosas es el amor por el otro; la segunda el desasimiento de todo lo creado; la tercera es la humildad verdadera, que, aunque la dice al final, *“es la principal y las abraza a todas”* (C.4.4)

Tres palabras importantes: amor, libertad y humildad (verdad). Podemos verlas como disposiciones del corazón que necesitamos cultivar constantemente en nuestra vida diaria. Luchar por crecer en estas virtudes nos lleva a un camino de transformación, de conversión, de madurez humana y evangélica. Fr. Saverio ha hablado de la necesidad de “una formación Teresiana de la persona” y una “escuela de humanidad Teresiana”. Con estas virtudes, entramos en la “escuela de humanidad Teresiana” porque transforman nuestras relaciones con Dios, con los demás, con la creación y con nosotros mismos. Nos transforman en personas cariñosas, libres y auténticas. Nos liberan y nos hacen más maduras y relacionales. Son el fundamento de la madurez humana y cristiana porque nos conforman con Jesucristo. Crean un ambiente en el que la oración puede florecer y profundizar. Sabemos por experiencia que no podemos rezar en una atmósfera donde haya conflictos interpersonales sin resolver, cuando las cosas materiales u otras personas nos esclavizan, o cuando no estamos luchando por crecer en el autoconocimiento y en el respeto mutuo, que son signos de verdadera humildad. La vida contemplativa requiere una atmósfera de paz.

No es suficiente para nosotros estudiar estos capítulos del Camino de Perfección en el noviciado. Crecer en estas virtudes es una forma de vida, porque siempre estamos en proceso

de ser más cariñosos, más libres y humildes. Se convierten en la prueba de fuego de una auténtica vida contemplativa. *“Tan necesarias que incluso si estas personas no son muy contemplativas, pueden ser muy aventajadas en el servicio del Señor si poseen estas cosas. Y si no las poseen, es imposible que sean muy contemplativas. Y si creen que lo son, están siendo muy engañadas”*. (C .4.3)

Tejer el capullo y luego encerrarnos en el capullo significa llegar a ser interior y hacer el trabajo interno del autoconocimiento. Teresa compara este trabajo interno del autoconocimiento a la *“abeja fabricando miel en la colmena”*. (IM. 2.8)

La tercera etapa de este proceso de metamorfosis es morir. Cuando nos encerramos en el capullo entramos en el misterio Pascual de Cristo Jesús en el que sufrimos una muerte al viejo yo y nos elevamos a una nueva vida en Cristo. Teresa escribe: *“Dejadlo morir; dejad a este gusano de seda morir como lo hace, completando lo que fue creado para hacer”*. ¿Qué es el gusano de seda que debe morir para nacer a una nueva vida como una mariposa? Teresa nos da alguna idea de lo que tiene que morir en sus Exclamaciones: *“Muera ya este yo, y que viva en mí otro que es más que yo y para mí mejor que yo, para que yo le pueda servir. Que Él viva y me dé vida. Que Él reine y que yo pueda ser cautivo, porque mi alma no quiere otra libertad”*. (Excl.17.3)

El “yo-gusano” que debe morir es nuestro egotismo (egoísmo) que se manifiesta de muchas maneras en nuestra relación con Dios y con los demás. En el Capítulo 10 del Camino de Perfección, cuando Teresa habla del desapego, ella nos da una parábola maravillosa del significado del verdadero desapego y el trabajo interno involucrado en convertirse en libre.

“Una vez que nos hemos desapegado del mundo y de nuestros parientes y nos hemos encerrado aquí con las condiciones que están dichas, ya parece lo tenemos todo hecho y que no hay que pelear con nada. ¡Oh, Hermanas mías, no os sintáis seguras ni os echéis a dormir, que será como el que se acuesta muy sosegado habiendo cerrado muy bien sus puertas por miedo a los ladrones y se los deja en casa; y ya sabéis que no hay peor ladrón que nosotras mismas, que si no se anda con gran cuidado, y si cada Hermana no está alerta de ir contra su propia voluntad como si hacerlo fuera más importante que todo lo demás, hay muchas cosas que apartarán esta sagrada libertad de espíritu por la cual podéis volar hacia vuestro Creador sin ir cargadas de tierra y de plomo”. (C.10.1)

Esta parábola es rica en su significado porque nos dice que el verdadero ladrón es el que vive en nuestro corazón, nuestra psique. Es el yo egoísta el que quiere imponerse sobre los demás, el yo egocéntrico el que quiere ser el centro de atención y no quiere cooperar con la priora de la comunidad. Es el ladrón el que siempre tiene que tener la última palabra o dominar la recreación de la comunidad, o el que tiene el *“hábito de hablar y quejarse de todo”* (C.11.2). El ladrón puede ser el que se aferre a pensamientos como *“yo tengo antigüedad”*; *“yo soy más mayor”*; *“yo he hecho más trabajo”*; *“a la otra la tratan mejor que a mí”*; *“yo tenía razón; no tenían motivos para hacerme esto; la que me hizo esto estaba equivocada”*. (C.12.4; 13.1) El ladrón interior es nuestra tendencia a trabajar contra la autoridad o la comunidad y causa divisiones. Todos sabemos cómo estas divisiones en una comunidad, o las relaciones conflictivas en la clausura pueden dividir e incluso destrozarse una comunidad. Teresa nos advierte contra la auto-preocupación y el orgullo egoísta. Ella nos dice que tenemos que permanecer vigilantes. La reja, el hábito y la clausura no nos excusan del trabajo interior que nuestra vida religiosa demanda. No deberían darnos la apariencia de que estamos sirviendo a Dios, cuando perdemos de vista nuestros asuntos personales y dónde debemos crecer.

Las almas bien ordenadas que permanecen en las Terceras Moradas nos dan otra idea de lo que necesita morir: el ego que tiene un control fuerte sobre la vida. La descripción de la gente en estas moradas se refiere especialmente a las personas que viven una vida religiosa. Teresa

misma residió en estas moradas durante años. Teresa alaba el progreso espiritual de estas personas: su dedicación a la oración, sus actos de caridad hacia el prójimo, su uso equilibrado del lenguaje y cómo gobiernan sus asuntos. Pero también teme por ellas porque viven en el nivel superficial con sus “pequeños actos de virtud”. Sus vidas están demasiado controladas; viven demasiado “por su razón”. Piensan que su vida espiritual equilibrada y bien ordenada y sus esfuerzos las transformarán. Son inconscientes de su fragilidad y de su pobreza más profunda y de lo dependientes que son de la gracia de Dios. Es por esta razón que Teresa escribe: *“Dejémonos probar a nosotras mismas, hermanas mías, o dejemos que Dios nos pruebe, porque Él sabe bien cómo hacer esto, aunque con frecuencia no queramos entenderlo”*. (IIIM.1,7) Estas terceras moradas necesitan humildad: *“Oh, humildad, humildad”*. Santa Teresa proclama en voz alta humildad en el sentido de saber la verdad de quiénes son, su oscuro y frágil yo, y lo dependientes que son de la gracia de Dios para crecer en santidad.

Santidad, transformación no es el fruto del “yo”, (el ego) que piensa que puede forzar la mano de Dios. Es por esta razón que Dios debe probarnos a través de las pruebas que desvelan los lugares más profundos de nuestro corazón, nuestras debilidades y miserias. Teresa habla de pruebas que las monjas no esperarían: una persona rica que sufre pérdidas financieras, y se siente abrumada por la preocupación como si no tuviera pan para comer; una persona a la que le supera la tristeza porque ha perdido algo de su honor y buena reputación. La reacción de estas personas revela que no son tan desapegadas y libres como imaginaban.

Teresa da estos ejemplos para mostrar que las pruebas nos vienen inesperadamente y pueden ser un medio saludable para nuestro crecimiento porque revelan nuestra fragilidad, herida, dónde estamos esclavizados, dónde necesitamos conversión. Las pruebas y las tentaciones revelan lo radicalmente dependientes que somos de la gracia de Dios para crecer en santidad. La transformación es el trabajo de Dios, no el resultado de nuestro ego, de nuestro razonamiento ni de nuestros pequeños actos de virtud.

Otro texto conmovedor está en las Quintas Moradas. Recordáis que las Quintas Moradas son las de la oración de unión. Teresa empieza el primer capítulo recordándonos nuestra llamada a la oración y la contemplación.

“Así digo ahora que todos los que llevamos este hábito sagrado del Carmelo estamos llamadas a la oración y a la contemplación. (Esta llamada explica nuestro origen; somos descendientes de los hombres que sintieron esta llamada, de aquellos padres santos del Monte Carmelo que en tan gran soledad y desprecio por el mundo buscaron este tesoro, esta perla preciosa de contemplación de la que estamos hablando). Sin embargo, pocas nos disponemos para que nos la descubra el Señor. Porque cuanto a lo exterior vamos bien para llegar a lo que es necesario; pero en la práctica de las virtudes que son necesarias para llegar a este punto, necesitamos mucho, mucho, y no podemos descuidar ni las cosas pequeñas ni las grandes”. (5M.1.2)

Habiendo recordado a sus hermanas la llamada a la contemplación, esta perla de gran valor que llevamos dentro de nosotras, ella hace una profunda y perspicaz observación:

“Mas advertid mucho, hijas, que es necesario que muera el gusano, y más, a vuestra costa. En la unión regalada, la experiencia de verse a uno mismo en una vida tan nueva ayuda mucho a morir; en la otra unión, es necesario que, mientras vivamos en esta vida, nosotros mismos pongamos el gusano de seda a la muerte”. (VM 3,5)

Mas ¡ay de nosotros, qué pocos debemos llegar a ella; aunque a quien se guarda de ofender al Señor y ha entrado en religión le parezca que todo lo tiene hecho! ¡Oh!, que quedan unos gusanos que no se dan a entender, hasta que, como el que royó la hiedra a Jonás, nos han roído las virtudes, con un amor propio, la autoestima, juzgando al prójimo (incluso en cosas pequeñas), la falta de caridad hacia ellos, y no amándolos como a nosotros mismos. A pesar

de que, mientras nos arrastrábamos, cumplimos nuestra obligación y no se cometió ningún pecado, no llegamos con mucho a lo que se requiere para la plena unión con la voluntad de Dios". (5M.3.5-6)

En este texto tenemos una idea clara de los gusanos interiores que deben morir. Podemos evitar pecados graves e imperfecciones; observamos el horario de la comunidad, por ejemplo las horas de oración y la observancia externa. Cumplimos diligentemente nuestras tareas comunitarias; sin embargo, no todo está bien en nuestro interior. Podemos haber dejado de crecer; podemos estar en las embestidas de la acedia. Pueden existir dentro de nosotros zonas de pecado e imperfección de las cuales no somos conscientes y dañan nuestras relaciones con los demás: "un cierto amor propio, juzgar a otros incluso en cosas pequeñas, la falta de caridad hacia ellos, no amar al prójimo como a nosotros mismos", celos, envidia, orgullo, un espíritu imperdonable hacia nuestro prójimo, falta de generosidad. Estos son los gusanos que erosionan la hiedra de nuestra vida interior e impiden nuestro crecimiento en el amor evangélico. Debemos reconocer estos gusanos y exponerlos a la mirada purificadora y curativa del Señor. Este es el nivel de autoconocimiento y trabajo interior de la formación continua que nunca acaba. La formación continua es educación (educare). En latín educare significa "extraer lo que está dentro", las profundidades de nuestro corazón. Teresa insiste en este autoconocimiento:

"Esto del autoconocimiento propio jamás se ha de dejar, ni hay alma, en este camino, tan gigante que no haya menester muchas veces tornar a ser niños y a mamar (y esto jamás se olvide, quizá lo diré más veces porque importa mucho); porque no hay estado de oración tan subido, que muchas veces no sea necesario tornar al principio, y en esto de los pecados y conocimiento propio es el pan con que todos los manjares se han de comer, por delicados que sean, en este camino de oración y sin este pan no se podrían sustentar". (V.13.15)

Teresa nos desafía a conocer y entender nuestra dignidad humana como morada de Dios, nuestros regalos y talentos, nuestras motivaciones más profundas, comportamiento, relaciones, antipatías, la manera de hablar a los demás, o elegir no hablar a los demás, y la manera de relacionarnos con la autoridad. Este autoconocimiento nos ayuda a crecer en verdadera humildad (la verdad de quienes somos) que es el fundamento de la vida espiritual.

Teresa toca en el corazón de la vida religiosa: amor a Dios y amor al prójimo.

Aquí en nuestra vida religiosa el Señor nos pide sólo dos cosas: "*amor a su Majestad y amor a nuestro prójimo, es en lo que hemos de trabajar. Guardándolas con perfección, hacemos su voluntad, y así estaremos unidos con Él. Mas ¡qué lejos estamos de hacer, como debemos a tan gran Dios, estas dos cosas, como tengo dicho! Plega a su Majestad nos dé gracia para que merezcamos llegar a este estado, que en nuestra mano está, si queremos". (5M.3.7)*

La verdadera unión con la voluntad de Dios es cuestión de amor, viviendo el gran mandamiento de amor a Dios y al prójimo.

En la Casa de Cristo

Teresa nos dice claramente que la verdadera unión con la voluntad de Dios es que hagamos nuestra parte para poner el gusano de seda a la muerte, esforzándonos para crecer en virtud y así convertirnos en personas amorosas. Sin embargo, sabemos por experiencia, y Teresa estaría de acuerdo con nosotros, que poner el gusano de seda a la muerte no es solamente el resultado del esfuerzo humano. En la oración de San Juan de la Cruz de "*Alma Enamorada*", escuchamos este grito: "*¿Quién se podrá librar de los modos y términos bajos si no le levantas*

tú a ti en la pureza de amor, Dios mío? ¿Cómo se levantará a ti el hombre engendrado y criado en bajezas, si no le levantas tu, Señor, con la mano que lo hiciste?” (Dichos de luz y amor 26)

Teresa vivió muchos años en un estado de mediocridad y fidelidad rota. Ella saboreó las heces de su propia fragilidad e incapacidad para liberarse de sus apegos afectivos. Fue el Señor quien la liberó progresivamente, en la Cuaresma de 1554 ante la imagen de Cristo llagado, después, dos años más tarde, en 1556, por el poder del Espíritu Santo. *“Sea Dios bendito por siempre que en un punto me dio la libertad que yo, con todas cuantas diligencias había hecho muchos años había, no pude alcanzar conmigo, haciendo hartas veces tan gran fuerza, que me costaba harto de mi salud”*. (V.24.8) La verdadera conversión es una gracia, no el resultado del esfuerzo humano. San Juan de la Cruz destaca que la purificación y la transformación al final van más allá del esfuerzo humano: *“En esta curación Dios los sanará de lo que por sus propios esfuerzos no pudieron remediar. No importa cuánto hagan los individuos a través de sus propios esfuerzos, no pueden purificarse activamente lo suficiente como para estar dispuestos en el menor grado para la unión divina de la perfección del amor. Dios debe tomar posesión y purgarlos en ese fuego que es oscuro para ellos”*. (1N.3.3)

Una vez que el gusano de seda crece, empieza a girar la seda y a construir la casa dentro de la cual morirá; esta casa es Cristo. El Misterio Pascual de nuestro morir y nacer tiene lugar en Cristo, en nuestra amistad íntima con Cristo.

Es en nuestra amistad con Cristo a través de la oración entendida como un *“tratar de amistad estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos que nos ama”*, (V.8.5) que somos transformados y aprendemos a amar como Dios ama. El amor de Dios nos sana y nos transforma.

Este es el mensaje central del Carmelo: la oración nos transforma en personas nuevas y transforma el mundo. En el capítulo 8 de la Vida, Teresa nos dice que como nuestra voluntad no está de acuerdo con la voluntad de Dios, y como todavía no le amamos como Él nos ama, tendremos que soportar el dolor de pasar un tiempo largo con el que es diferente a nosotros. Pero si soportamos con paciencia esta diferencia y permanecemos fieles a la oración, el Señor nos purificará y nos sanará, y nos conformará cada vez más a Él mismo.

“De lo que yo tengo experiencia puedo decir, y es que por males que haga quien ha comenzado la oración, no la deje, pues es el medio por donde puede tornarse a remediar y sin ella será muy más dificultoso. ¡Cuán cierto es sufrir Vos a quien os sufre que estéis con él! ¡Oh, qué buen amigo hacéis, Señor mío! ¡Cómo le vais regalando y sufriendo, y esperáis a que se haga a vuestra condición, y tan de mientras le sufrís Vos la suya”. (V. 8.5.6)

En el libro de su Vida, Teresa nos dice que ella se convirtió en una persona diferente como resultado de las gracias de la oración contemplativa³.

La oración como camino de transformación requiere un compromiso y fidelidad serios a la oración contemplativa. La tentación del activismo y de huir de la oración difícil y seca puede asaltarnos y no permanecer fieles a las horas de oración contemplativa que la Iglesia nos pide. Por otra parte, tenemos que evitar la rigidez porque la vida hace sus demandas y hay días en que somos incapaces de permanecer con paz en el Señor como nos gustaría; por ejemplo, cuando necesitamos asistir a una hermana enferma, ver a un médico, o atender a una urgente necesidad del monasterio, como cuando el sótano se inunda o las cañerías se estropean. Santa Teresa nos dice en las Fundaciones que cuando se trata de obediencia y caridad,

³ Yo vi que era una persona completamente diferente. No podía desear otro camino, pero me puse en las manos de Dios que haría completamente su voluntad en mí; Él sabía lo que me convenía. (Cfr.V.27.1)

dejamos a Dios por Dios. (F.5) Como sabemos, la oración es un modo de ser, no simplemente un ejercicio en el que participamos dos horas al día.

La tentación de la acedia llama a la puerta de todo el que se esfuerza para vivir una intensa vida espiritual y que sufre el desierto de las pruebas interiores. Por esto es importante proporcionar una buena formación en la oración contemplativa a nivel antropológico y teológico para que nos desarrollemos en una fe madura y permanezcamos fieles a la oración en momentos difíciles.

Los números 71, 72 y 91 de vuestra Ratio atienden a la necesidad de acompañamiento durante las experiencias de “desierto” en la formación inicial y más tarde.

Teresa espera que nuestra oración sea más contemplativa, más pasiva. Este es especialmente su deseo empezando las Cuartas Moradas donde explica la oración de silencio, que es el principio de la oración pasiva. De las Quintas a las Séptimas Moradas ella está mucho más en casa y enseña sobre la oración pasiva, la oración que desea para nosotros. Cuando ella explica la oración de unión en las Quintas Moradas, ofrece dos imágenes de oración que pueden inspirarnos y ayudarnos en nuestra oración y en nuestra vida diaria: la bodega interna y la cera y el sello suaves.

¿No habéis oído -porque ya lo he mencionado en otra parte aquí pero no a este propósito- de la Esposa que la metió Dios a su bodega del vino y ordenó en ella la caridad? Bien, eso es lo que quiero decir. Ya que esa alma ahora se entrega en sus manos y el gran amor la tiene tan rendida que no sabe ni quiere nada más de que haga Dios lo que quisiere de ella (que jamás hará Dios, a lo que yo pienso, esta merced sino a alma que ya toma muy por suya), Él quiere que, sin que ella entienda cómo, salga de allí sellada con Su sello. Porque verdaderamente el alma allí no hace más que la cera cuando imprime otro el sello, que la cera no se le imprime a sí, sólo está dispuesta, digo blanda. Y aun para esta disposición tampoco se ablanda ella, sino que permanece inmóvil y lo consiente. ¡Oh, bondad de Dios, que todo ha de ser a vuestra costa! Sólo queréis nuestra voluntad y que no haya impedimento en la cera”. (5M. 2.12)

En primer lugar, en la casa de Cristo donde sufrimos nuestro Misterio Pascual, es Dios quien pone “la caridad en orden dentro de nosotros”. Dios infunde amor dentro de nosotros y nos enseña cómo amar. Juan de la Cruz describe la contemplación como una “*ciencia de amor*”. En la oración Dios enseña cómo amar, comunica el amor dentro de nosotros en silencio, la calma y la quietud. Ambos, Teresa y Juan, nos aconsejan adoptar en nuestra oración una actitud de escucha profunda, quietud, calma, tranquilidad y apertura, aunque no sintamos nada y parezca que estamos perdiendo el tiempo. En esta soledad y silencio, Dios está infundiendo tranquilamente el amor dentro de nosotros. Para Juan de la Cruz, el lenguaje de Dios es “*callado amor*”. “*La sabiduría entra a través del amor, el silencio y la mortificación. Es una gran sabiduría saber cómo estar en silencio*”. “*Lo que necesitamos para progresar es estar en silencio ante este gran Dios con la lengua y los apetitos, porque el único lenguaje que Él escucha es el callado amor*”.

En una conferencia sobre la oración contemplativa, Raimundo Pannikaar nos dio esta imagen: “la persona que quiere ser un rayo debe ser una nube por un largo tiempo: suave, expectante, impulsada por el viento, dependiente de la temperatura. Cuando las condiciones sean buenas, el rayo vendrá con fuerza y energía”. (Raimundo Pannikaar)

Así es como debemos estar en la oración: silenciosos, abiertos, entregados, expectantes, pacíficos, dependientes de Dios. Esta es la enseñanza de San Juan de la Cruz en Llama de Amor Viva, estrofa 3, 28-67, y el consejo de Teresa en Camino de Perfección, capítulo 31.

En segundo lugar, en la casa de Cristo somos cada vez más pasivos, abiertos, entregados, tranquilos, suaves y maleables para que el Señor pueda configurarnos a Su vida. En el silencio

de la oración contemplativa, hacemos espacio para que el Señor trabaje dentro de nosotros y nos conforme a Cristo.

Aprender a ser como la cera suave, entregados, abiertos y tranquilos es un arte y un fruto de la gracia de Dios. Es también una llamada y un reto, no sólo en la oración silenciosa sino también en la vida diaria porque la formación continua tiene lugar en la vida diaria. Vuestra Ratio enfatiza en varios lugares que la formación tiene lugar en la vida diaria.⁴

Fr. Amedeo Cencini, un sacerdote profesor en Roma que ha escrito varios libros sobre la formación inicial y continua, usa un término latino para explicar la actitud que se requiere para la formación: “docibilitas”.⁵ “Docibilitas” significa más que simplemente dociliter (docilidad), que es una palabra común para una persona que es dócil y se adhiere libremente a la voluntad de otro y colabora fácilmente. Docibilitas significa la actitud personal para asumir responsabilidad por el propio crecimiento que tiene lugar en la vida diaria. Es una actitud receptiva y positiva hacia la vida, una apertura de corazón y mente, un deseo de permitir ser formado por la vida y por los demás y aprender de cada situación y cada persona de las experiencias positivas de la vida, al igual que de las negativas. Esta actitud comienza en el noviciado y debe continuar a lo largo de la vida.

La formación inicial y continua tiene lugar en la vida en comunidad. Es en la vida en comunidad donde somos desafiados a ser abiertos y receptivos como la cera suave, con ganas de aprender de cada experiencia de la vida. Esta es claramente parte de la enseñanza de nuestros Santos. San Juan de la Cruz nos enseña en las *Cautelas y Avisos a un Religioso*, que los miembros de la comunidad nos forman. Los miembros de la comunidad son los artesanos colocados por Dios expresamente para purificarnos, “cincelarnos”, “pulirnos” y formarnos. Estoy convencido de que la experiencia de la noche oscura de San Juan de la Cruz nos llega principalmente a través de nuestras relaciones con los demás, a través de las alegrías, complejidades, tensiones y sufrimientos de la vida en comunidad. Juan ve este “cincelado” como mortificaciones y molestias que necesitamos para apoyar con paciencia interior. Está convencido de que venimos a la vida religiosa para trabajar, para crecer y madurar y hacernos dignos para el Cielo. La comunidad es la “Schola amoris” donde aprendemos a crecer en el amor a Dios y al prójimo; la comunidad es el suelo fértil para el crecimiento humano.⁶

En las Séptimas Moradas, Santa Teresa advierte a sus hermanas contra “construir castillos en el aire” a través de fantasías poco realistas y deseos de servir a los demás. En lugar de vivir fuera del monasterio en una comunidad y ministerio de fantasía, ella les dice que deben concentrarse en aquellos de su propia comunidad.

¿Pensáis que es poca ganancia que sea vuestra humildad tan grande, y mortificación, y el servir a todas y una gran caridad con ellas, y un amor del Señor, que ese fuego las encienda a todas, y con las demás virtudes siempre las andéis despertando? No será sino mucha, y muy agradable servicio al Señor, y con esto que ponéis por obra -que podéis-, entenderá Su

⁴ Por ejemplo: en el Capítulo 2, los *Agentes de Formación*, leemos: “Es a través de la comunidad, en medio de ella, y más allá de bellas teorías, donde la candidata hará la experiencia del carisma Teresiano”. (13) Ver también: capítulo 6, 69-70, capítulo 8, Dinámica de la *Fidelidad*.

⁵ Amedeo Cencini escribe sobre un modelo de “integración” de formación. Central a su modelo de integración es la actitud flexible y abierta para aprender de toda la vida. Docibilitas es la palabra latina que él utiliza para describir estas ganas de aprender y ser formado por la vida. Amedeo Cencini, *il respiro della vita: La grazia della formazione permanente*, San Paolo, Roma, 2002. *L’Albero della vita: Verso un modello di formazione iniziale e permanente*, San Paolo, Roma, 2005, pp.125-134.

⁶ Vida Fraternal en Comunidad, 35.

Majestad que haríais mucho más; y así, os dará premio como si le ganaseis muchas almas para Él. (7M.4.14)

La comunidad se convierte para Teresa en el lugar donde crecemos en el amor, el desapego y la humildad y donde beneficiamos a la Iglesia por el amor que mostramos los unos por los otros y en todo lo que hacemos. *“El Señor no mira tanto la grandeza de nuestras obras como el amor con que se hacen”.* (7M.4.15)

Cada suceso de la vida tiene un significado positivo o negativo. Nuestro crecimiento humano y espiritual depende de cómo respondemos a estas experiencias. Por ejemplo, el rechazo es una experiencia dolorosa, pero puede convertirse en positiva por la formación y si elijo utilizar la experiencia por la libertad de sí misma. Si la gente habla bien o mal de mí, Dios es la fuente de mi estima. Este es sólo un ejemplo entre muchos.

La salida de la mariposa

La etapa final de este proceso de metamorfosis es la salida de la mariposa. *“Ahora, entonces, veamos qué se hace este gusano, que es para lo que he dicho todo lo demás, que cuando el alma está, en esta oración, bien muerta está al mundo, sale una mariposita blanca. ¡Oh, grandeza de Dios! y cuál sale un alma de aquí, de haber estado un poquito metida en la grandeza de Dios y tan junta con Él; que a mi parecer nunca llega media hora”.* (5M.2.7) La mariposa representa la transformación y la libertad a la que Dios nos ha destinado y que deseamos en nuestros corazones. Es mucho lo que podemos decir sobre los efectos de la transformación y la libertad que esta mariposa representa, pero nos llevaría más allá de los límites de esta conferencia. Uno de los signos de esta libertad es una menor preocupación por sí mismo, el deseo de alabar a Dios, el dolor de ver a Dios ofendido y el deseo de ayudar a los demás. (5M.10-11) *“¡Oh, grandeza de Dios! Hace pocos años -e incluso días- esta alma no era consciente de nada sino de sí misma. ¿Quién la ha colocado en medio de semejantes preocupaciones dolorosas? Otra área de transformación es la capacidad para perdonar a los demás, dejar ir la amargura de las ofensas de los demás. En el capítulo 36 de Camino de Perfección donde Teresa comenta el Padre Nuestro: “Perdona nuestras ofensas”, ella nos dice que la capacidad para perdonar a los demás es la señal de la oración auténtica. Además, cuanto más libres somos, más sociables, relacionados con los demás de manera afable y natural. (C.41). “A religiosas importa mucho esto: mientras más santas, más conversables son con sus Hermanas.” (41.7)*

En las Séptimas Moradas, Teresa escribe sobre la libertad que viene de la transformación y la razón por la que Dios nos concede tantos favores en esta vida: vivir en imitación de la vida que Cristo Jesús vivió.

“Bien será, Hermanas, deciros qué es el fin para que hace el Señor tantas mercedes en este mundo. Aunque, en los efectos de ellas, lo habréis entendido, si advertisteis en ello, os lo quiero tornar a decir aquí, porque no piense alguna que es sólo para regalar a estas almas; que sería grande yerro; porque no nos puede Su Majestad hacérsenosle mayor, que es darnos una vida que sea imitando a la que vivió su Hijo tan amado; y así, tengo yo por cierto que son estas mercedes para fortalecer nuestra flaqueza -como aquí he dicho alguna vez-, que para poderle imitar en el mucho padecer. (7M.4.4)

Teresa explica lo que significa ser verdaderamente espiritual: *“Mirad que importa esto mucho más que yo os sabré encarecer. Poned los ojos en el Crucificado y haráseos todo poco. Si Su Majestad nos mostró el amor con tan espantables obras y tormentos, ¿cómo queréis contentarle con sólo palabras? ¿Sabéis qué es ser espirituales de veras? Hacerse esclavos*

de Dios, a quien, señalados con su hierro que es el de la Cruz, porque ya ellos le han dado su libertad, los pueda vender por esclavos de todo el mundo, como Él lo fue". (7M.4.8)

La libertad a la que somos llamados es convertirnos en esclavos de Dios, que es una vida de amor a sí mismo y servicio a nuestros hermanos y hermanas en imitación a Jesús Crucificado. La muerte del "yo-gusano" significa la libertad de las formas de "egoísmo" que erosionan nuestra relación con Dios y con los demás. Es la muerte al yo falso, al yo viejo y la resurrección a una nueva vida en Cristo -una vida de misericordia, compasión, perdón y servicio amoroso. Este es el propósito de la formación inicial y permanente: un proceso de asimilar las actitudes de Cristo en su ofrenda al Padre para la salvación de la humanidad.

Yo creo que el proceso de metamorfosis del gusano de seda y la mariposa, tejer el capullo y morir y levantarse es interminable a lo largo de nuestras vidas. No es un proceso de formación de una sola vez sino un proceso por el que pasamos una y otra vez en la vida. Estamos constantemente muriendo y levantándonos, tejiendo el capullo y naciendo a una nueva vida, siendo cada vez más libres hasta el día en que la propia mariposa muere y vive para siempre en Cristo.

P. Daniel Chowning, OCD

St. Louis, Missouri, EE.UU. 26 - 29 de abril, 2017